

## A Journey. My Political Life

■ Tony Blair

Nueva York y Toronto, Alfred A. Knopf, 2010, 699 pp.

Tony Blair ganó un escaño parlamentario por el Partido Laborista en 1983. Once años después sería elegido líder de su partido y en mayo de 1997, victorioso en la elección general de esa fecha, se convertiría en Primer Ministro, cargo que detentó hasta junio de 2007.

En estas páginas comentamos la edición americana de las memorias políticas de Tony Blair, texto que incluye una Introducción especialmente escrita para Estados Unidos. Nos limitaremos al decenio de gobierno de Blair, sin extender el comentario a las sin duda interesantes actividades de lo que califica como su «nueva vida».

Blair ha sido uno de los estadistas de mayor gravitación contemporánea. Ello puede atribuirse a sus especiales condiciones de liderazgo y también al hecho de que el Reino Unido –otrora potencia hegemónica, actualmente una potencia mediana en lo económico– conserva una significativa influencia política global. Esto no solo se debe a que es una potencia nuclear y miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sino también a un «soft power» que sigue irradiando desde Londres y que combina múltiples dimensiones que trascienden la condición de «ex Imperio».

El ascenso de Tony Blair en las filas del laborismo no fue el de un político más, sino que marcó una transformación de su

colectividad, cambio que le permitió romper un largo período de alejamiento del poder y ganar tres elecciones generales sucesivas (1997, 2001 y 2005).

El gobierno de Blair abarcó una serie de hechos que conmocionaron a la opinión pública, desde la trágica muerte de la princesa Diana a fines de agosto de 1997 (tema de todo un capítulo) hasta la campaña antiterrorista iniciada después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001.

Blair describe con franqueza su ambigua relación con la monarquía. Procura en primer lugar disipar cualquier malentendido al respecto, afirmando su lealtad a la forma de Estado y a la Reina. Caracteriza a la soberana (quien lo recibió como «su» décimo Primer Ministro) como «muy profesional» en el desempeño de su papel, y expresa su aprecio por la familia real. Pero subraya que la distancia social y psicológica frente al «establishment» británico es una circunstancia que no puede ser ignorada por un político de clase media, distancia que, en su caso personal, ha resultado decisiva para su identificación con el laborismo.

En el contexto del trágico fallecimiento de Diana, enfatiza que su prioridad fue proteger a la Reina, y por su intermedio a la Corte. Pero su visión del entorno de la monarquía es que desde ese mundo se prefiere interactuar con conservadores integrados al «establishment», o con laboristas de tipo «tradicional», esto es, sindicalistas, representantes del mundo obrero, con lo que ello implica en términos de estilo y cultura. Su percepción, en cambio, es que él ha sido visto como un poco «arribista», probablemente cercano a gente del tipo «nuevo rico», que tienden a romper esquemas establecidos y que provocan, en consecuencia, cierta suspicacia en las élites tradicionales. Esa comprobación de la existencia de una brecha social entre el gobernante y su círculo cercano y el «establishment» que rodea a la Corte nunca se superaría por su parte ni, presumiblemente, por la otra.

El autor describe –en detalle y, en nuestra opinión, con naturalidad– los complejos procesos de toma de decisiones en que le tocó participar, defendiendo vigorosamente tanto su postura reformista en los asuntos británicos (las políticas del «New Labour»), como, en el plano internacional, su contro-

vertido apoyo a las políticas de George W. Bush (especialmente en la guerra de Irak).

En las casi 700 páginas de su relato describe sus relaciones con numerosos líderes políticos, entre ellos Bush (directo y sereno, pp. 291 y 354), Bill Clinton (un «nuevo demócrata», p. 75, uno de los líderes más cercanos a Blair), Nelson Mandela (más que un santo, un político hábil, p. 187), Jacques Chirac (un líder «presidencial», p. 555), Hu Jintao (un gobernante «decente», p. 558), Lee Kuan Yew (el más inteligente de todos, p. 529), Angela Merkel (cuyas cualidades aprendió a valorar, p. 645) y Vladimir Putin (parecido a un zar, p. 243). Menciona también al Presidente Ricardo Lagos en el contexto del tema iraquí ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (un líder razonable, p. 429), aunque los temas latinoamericanos claramente no concitaron su atención.

«A Journey» resulta de gran interés para los estudiosos de los procesos políticos, cuya gestación y desarrollo Blair narra con todos sus pormenores, muchas veces hasta el nivel de la minucia (por lo que una crítica podría ser que, con mayor síntesis, la obra se podría haber acotado a unas 500–550 páginas). El desarrollo de las ideas que sustentan las políticas del «New Labour» y la caracterización de los actores en términos de su relación con esta postura configuran un hilo conductor que atraviesa la obra.

El aspecto más importante y controvertido de las páginas dedicadas a la política británica se refiere a quien fuera su aliado en el laborismo, amigo, ministro y posteriormente rival político, Gordon Brown. En muchos pasajes de la obra, Blair, al dar su visión de su posición y la de Brown respecto de asuntos importantes en la agenda, da la impresión de querer adelantarse a lo que podría ser la «versión Gordon Brown» de los mismos – una especie de posición defensiva que se adelanta a una hipotética refutación del bando opuesto. Esto podría interpretarse como una señal de cierta inseguridad o acaso de una «fijación», un toque de obsesión en la mente de Blair, harto de tanta competencia por el poder.

Más allá de los múltiples matices respecto de una larga lista de temas –educación, salud y previsión social, defensa, etc.– la conclusión que surge es que Blair se convenció de que Brown, cuyos talentos y energía se preocupa de subrayar (de

manera un tanto defensiva), no fue auténticamente «New Labour» (o, si lo fue, eventualmente dejaría de serlo). Para Blair, Brown tampoco fue un líder que se sintiera cómodo al enfrentar directamente, en la base política, los asuntos y preocupaciones de los electores. Le atribuye falta de «feeling» político, así como carencia de inteligencia emocional (p. 608), todo lo cual habría influido en su fracaso electoral ante los conservadores de Cameron. Es un duro juicio que seguramente ha sido resentido por el círculo de Brown y que es probable suscite alguna réplica.

Otra dimensión recurrente que debe mencionarse es de orden personal: la especial relación que se desarrolla entre Blair en cuanto individuo volcado a la acción política y sus roles y tareas como parlamentario y gobernante. Sin detenernos largamente en este aspecto, que da un tono subjetivo y contribuye al interés de la obra, se advierte que la política ha sido para Tony Blair una clara vocación.

La perspectiva de vivir «de la política» no tiene ninguna relevancia, en cambio la tiene, en muy alto grado, la idea de vivir «para la política». Blair relata que siendo un joven abogado con excelentes perspectivas de éxito profesional el entorno de la Cámara de los Comunes lo fascinó, al punto que se convenció de que lo suyo había de ser una carrera en el Parlamento. A través de la narrativa asistimos a las fases de gestación de la facción del «New Labour», de la contienda con otras opciones y sus líderes (donde nace la competencia Blair-Brown o TB-GB), de triunfo electoral e instalación en el poder (el libro comienza en este punto), de ejercicio del poder y de su inevitable desgaste, hasta el relevo de Blair por el ansioso e impaciente Gordon Brown. Cabe observar que Blair no cae en el esquematismo de plantear la instalación en el gobierno como la simple ejecución de un programa; sostiene que gobernar es incorporarse a un proceso en marcha, entender cómo y por qué los gobiernos precedentes hicieron o no hicieron algo y actuar sobre esta base, que necesariamente condiciona las propias actuaciones (p. 629).

Blair describe la organización interna del gobierno y sus relaciones parlamentarias. La lectura resulta más interesante que el estudio de la literatura académica sobre el tema. Por supuesto, las dos perspectivas son complementarias: Blair

advierte que un aspecto crítico es el control de los tiempos y la agenda del gobernante, que puede conferir mucho poder en determinados funcionarios, materia que podría ser un tema de disertación doctoral (pp. 22 y 109, donde llega a afirmar que «crear tiempo para un líder es una tarea cercana a lo sagrado» – «near-sacred task»).

En varios pasajes, alude al cargo de ministro de relaciones exteriores (Secretario del Foreign & Commonwealth Office), posición muy apetecida por los políticos de gobierno ya que de alguna manera se atribuye a esta función el especial atractivo de estar más allá, o por encima, de las pequeñeces y preocupaciones «pedestres» de la política interna del país (p. 269). Considera que se trata de una percepción en gran medida errada debido a la interdependencia entre política exterior y asuntos internos, la que se manifiesta especialmente en la política europea a raíz de la profundización de las competencias de la UE. En la medida en que Blair no fue un gobernante «euro-escéptico», esta dimensión fue relevante en su gestión internacional.

A nivel de colaboradores, aparece como un jefe que dio mucha importancia a la constitución de equipos y tuvo la capacidad de organizarlos sobre la base de una fuerte lealtad personal y de adhesión a un ideario, el que debía prevalecer sobre diferencias sociales, culturales o de personalidades (pp. 21-22). El trabajo en equipo no se contraponía a la valoración de los espacios para la reflexión individual, como lo testimonian las numerosas referencias al entorno de la mansión rural de Chequers, refugio predilecto de diversos gobernantes británicos. En Chequers, Blair solía combinar la lectura y la meditación sobre los grandes temas en la agenda con el agrado de un «splendid isolation» que era imposible lograr en Downing Street No. 10.

La preocupación por la política parlamentaria es recurrente; su manifestación más crítica es la constante fiscalización en la Cámara de los Comunes, que somete al Primer Ministro a fuerte tensión (p. 111 y siguientes). Todo esto sucede bajo el constante escrutinio de los medios de comunicación, que buscan afanosamente la noticia en los temas políticos o en las actuaciones públicas o privadas de sus protagonistas. El riesgo de escándalo por cualquier motivo –especialmente

financiero o sexual— es un peligro permanente que acecha al gobernante comprometido con las buenas prácticas de gestión y la transparencia informativa (p. 129 y siguientes)

Más allá de estas inevitables preocupaciones (o distracciones), la pregunta de fondo es qué debemos entender por «New Labour», la tesis política central que inspiró el liderazgo de Blair, que le permitió llegar al poder y orientó su estrategia política, y que defiende con pasión en el libro que comentamos.

De partida, se nota un rechazo categórico al legado socialista-colectivista en el laborismo contemporáneo, probablemente un elemento residual en términos generales, pero importante para actores de la izquierda laborista. Este rechazo se manifestó a través de la campaña para eliminar del programa laborista toda mención a la nacionalización de empresas («Claúsula IV» del programa partidista). En cambio, el «New Labour» propugna la economía de mercado no solo en el ámbito empresarial sino también como criterio orientador de la gestión de los servicios públicos, con el fin de hacerlos más eficientes y lograr así que sirvan mejor al público.

Al respecto, Blair confiesa que evolucionó desde un escepticismo acerca de la necesidad de reformas estructurales en el aparato público a una posición reformista integral. Creyó en un comienzo que bastaría con la formulación de metas y criterios e indicadores de desempeño de las unidades estatales; posteriormente varió su postura, al darse cuenta de que el desempeño dependía decisivamente de condiciones estructurales.

Pero la postura favorable al mercado no se identifica con un «laissez faire» propio del reformismo thatcherista. Blair admite que en su época muchas de las reformas del gobierno de Margaret Thatcher eran inevitables, juicio que sin duda ha molestado a muchos laboristas de viejo cuño.

Sin embargo, critica la política «Tory» por haber hecho «reformas sin inversión», acaso procurando el sometimiento de la burocracia a través del empobrecimiento forzado de los servicios públicos y por no haber creído en la capacidad del Estado de reformarse y, con los recursos adecuados, servir a la gente de manera más acorde a sus expectativas.

El error opuesto sería de tipo populista: «invertir sin reformar», vale decir, canjear abundante gasto público, destinándolo a determinadas clientelas, como las sindicales y otros

intereses organizados –verdaderos «grupos de veto»– por apoyo político-electoral.

Frente a ambos extremos, la tesis del «New Labour» sería la de «reformar e invertir», esto es, modernizar el aparato estatal para que este pudiera cumplir sus funciones de mejor forma, introduciendo criterios de mercado como libre elección de los usuarios y «outsourcing», allegando para ello los recursos públicos apropiados, debidamente justificados mediante una planificación presupuestaria.

A nuestro juicio, el ideario de este laborismo reformista de «tercera posición» se traduce en último término en un conjunto de políticas de igualación de oportunidades en una sociedad caracterizada por aspiraciones de movilidad; en políticas de justicia social allegando recursos para apoyar a los sectores más vulnerables; en políticas de no discriminación (de género y similares) y de integración social (políticas urbanas, juveniles y de seguridad pública).

Refiriéndose a la elección general del año 2001, el autor sostiene que los votantes respondieron a su mensaje:

«They «got» the balance, the newness of the political approach: personal tax rates held steady (or reduced) but investment increased; pro-business but pro-fairness at work (not pro-union); reform along with the spending on public services; a tough approach to responsibility in law and order and welfare; a strong supporter of the U.S. and a place in Europe. They know Mrs. Thatcher had been right in making Britain competitive, but they also wanted a compassionate society. They were liberal about private lives; hard line on crime. They had no difficulty with a modern Britain. They wanted it, and disliked and distrusted Little England attitudes.» (p. 335)

El considerable atractivo del «New Labour» y la excepcional capacidad política de su máximo representante no lograron sin embargo establecer una hegemonía de largo plazo de este ideario en el segmento del centro político y la centroizquierda británica. Hacia 2007, el reemplazo de Blair por Brown se hizo inevitable. Sin duda, el fuerte apoyo de Blair a las políticas del presidente George W. Bush y el curso de la guerra en Irak contribuyeron al desgaste del gobernante, sumándose al choque de personalidades TB-GB y a la menor aceptación pública del reformismo del «New Labour». Pero

también se puede sostener que lo notable fue que la tercera victoria electoral de Blair, el año 2005, se obtuvo a pesar de los factores adversos Bush e Irak. En retrospectiva, el gobierno de Brown –complicado por la severa crisis económica– sería poco más que el preludio del desplazamiento del poder de los laboristas por los conservadores de David Cameron.

El lector juzgará el mérito de las tesis de Tony Blair. Más allá de legítimas discrepancias sobre estas, no cabe duda que con «*A Journey. My Political Life*» el autor ha hecho una notable contribución a la literatura política contemporánea.

Manfred Wilhelmy